

rentes ángulos y distancias, a modo de persona entendida. No obstante, cuando se decidió a hablar, sus preguntas eran más bien inquisitivas, no exentas de cierta curiosidad periodística de tono menor, tales como ésta: «¿Es el mejor cuadro de la pinacoteca provincial? ¿En cuánto está valorado? ¿A qué número ascienden los cuadros propiedad de la Diputación?»

Comprendí que había agotado su paciencia y me decidí a continuar nuestra visita, dándole cuenta de los pormenores solicitados. Le manifesté que en el Museo Taurino se guardan muy valiosas obras, entre otras, un retrato de Cúchares, atribuido al genial pintor de Fuentetodos, nuestro incomparable Goya, y que en las distintas dependencias provinciales se custodiaban otras pinturas muy meritorias, por ejemplo, un retrato del Caudillo, firmado por Vázquez Díaz; pero que ninguna de ellas podía competir en ningún orden con el lienzo que acabamos de contemplar. Y le di un dato que reafirmaba mi aseveración: está tasado en más de cuatro millones de pesetas.

Cuando llegamos al despacho de la Presidencia completé mi información con los otros datos que me había pedido y añadí: «En el inventario provincial figuran relacionados ciento diez cuadros y el valor total de esta modesta pinacoteca supera los siete millones de pesetas».

En dicha habitación pudimos contemplar tres bonitos cuadros de autores desconocidos, el más pequeño representando una escena de mercado; otro, de mayor tamaño, en el que figura el Niño Jesús dormido sobre la Cruz, y una tabla de iconografía bizantina, cuyos tres motivos y estilos me recordaron los argumentos iniciales de este asunto. Sin poder remediarlo volví a sentirme doctoral y mi explicación alcanzó un tono de falsa intelectualidad: «Aquí —manifesté— se confirma lo que anteriormente te he dicho. Tres artistas ignorados nos explican elocuentemente las inclinaciones dominantes de tres épocas distintas, las continuas variaciones de los diferentes estilos y las influencias que se proyectan en cada obra. Se ignoran los autores, pero se sabe a qué época pertenecen los rasgos que las caracterizan y diferencian.»

Entramos en el Salón de Comisiones, amplia habitación ennoblecida con dos espléndidos tapices flamencos, descritos con acierto por la minuciosa y documentada pluma del ilustre colaborador de CISNEROS, Quintano Ripollés, en el núm. 23 de nuestra Revista, y en la que están instalados dos retratos de nuestros augustos y fenecidos monarcas Fernando VII y Carlos III. Hay en estos dos retratos, de factura y técnica muy pareja, cierta dignidad y empaque artístico. La mirada de Carlos III es penetrante y bondadosa, mientras en la expresión de Fernando VII se asoma un punto de anormalidad, de recelo y bellaquería. Son dos retratos nobles y sencillos, tal vez con excesos cromáticos. Mi amigo los elogia basándose en que esta clase de pintura iconográfica ha de ser, ante todo, estudio auténtico de la personalidad del modelo.

Interrumpo su disertación haciéndole pasar a la estancia contigua. Estamos en el despacho de los seño-

res Diputados, cuya decoración, un tanto inglesa —grandes y cómodos butacones y una noble «boiserie»—, está presidida por un retrato del Caudillo, obra, como ya indicamos anteriormente, del ilustre pintor Vázquez Díaz, que si no logró en esta ocasión parecido afortunado, en cambio, supo revelar, a través de una técnica extremadamente rigurosa, las excepcionales cualidades de nuestro Caudillo.

Otros dos cuadros de iguales dimensiones —0,85 por 0,90—, firmados por Eduardo Vicente, el pintor de los ocres rudos y grises densos, dan al confortable ámbito cierto aire de madrileñismo castizo. Son dos paisajes. José Vicente ha pintado el Jardín Botánico a la hora de la anochecida, y esa zona tan típica del río Manzanares, en un atardecer triste, con esa saturación de melancólica malicia y pícaros modos, tan propios en él.

Al seguir nuestro recorrido nos hallamos mi acompañante y yo ante un cuadro de gran tamaño —1,83 por 4,14—, representando la madrileña procesión de la Virgen de la Candelaria, un tanto oscuro y repleto de múltiples formas, que se exhibe en la antesala del Salón de Sesiones. Mi amigo, el periodista, se encontraba en pie en medio de la habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras lo contemplaba fijamente entre absorto y meditabundo. Al cabo de unos segundos se adelantó para examinar minuciosamente los detalles del lienzo.

«¡Vaya! Aquí —me dijo— sí que se confirma toda tu teoría; hasta un profano como yo sería capaz de determinar la época a que pertenece.»

«¿A cuál?», le pregunté con ánimo de sorprenderle. Y comenzó su explicación de que tanto la golilla —que así se llamaba aquel cuello en forma de plato que empezaron a utilizar los hombres después de la prohibición del uso de encajes decretada en 1623— como el corpiño blindado y la falda a semejanza de un tonel, lucidos por los caballeros y damas que figuran en este cuadro, venían a demostrar que fué realizado entre la indicada fecha y antes de terminar el siglo XVII, pues a partir de aquel entonces es cuando todos los países se uniforman en lo relativo a las prendas de vestir, siguiendo, arduosamente, el modelo francés.

Me eché a reír y exclamé: ¿Te felicito por tu erudición o por tu buena vista? Y como mi amigo pusiera cara de asombro, tuve que decirle que el lienzo lleva en su parte baja la siguiente descripción detallista: «Procesión general que haze esta Ymperial y Coronada Villa de Madrid todos los años el día de La Candelaria, a Ntra. Sra. de Madrid, tubo prinzipio el año 1.082 que fué hallada en Madrid esta Santa Imagen, estando el Hospital donde está el Convento de San Phelipe hasta que se pasó el Hospital a este sitio, y así se mudó la procesión de Ntra. Sra. de Atocha; hízose este cuadro en 1.643, siendo protectores deste Hospital los señores Joseph González y don Antonio de Contreras, del Consejo y Cámara de Su Magestad y, administrador, el Dr. Juan Nabarro.—Por disposición del Sr. D. José Carrión y Miguiano, Director del Hospital Provincial de Madrid, restauró



Retrato de S. E. el Jefe del Estado. Es original de Vázquez Díaz y se encuentra en la Sala de Señores Diputados.—(Foto Loygorri.)



Procesión de la Virgen de Candelaria. Se exhibe en la antesala del Salón de Sesiones. Pertenece al siglo XVII y se desconoce su autor.—(Foto Loygorri.)

este cuadro Don Vizente Marzal y Serrano, en el mes de marzo 1875». Cuando terminó de leer la leyenda le dije: «Como ves, a pesar de tan larga y vanidosa enumeración, se han olvidado del nombre del autor. En fin, lo que importa ahora es subrayar el acierto de la composición y la belleza de su conjunto pictórico.

Según íbamos hacia el gran Salón de Sesiones, estancia de amplias y bellas proporciones, decorada con suma elegancia y buen gusto, advertí a mi acompañante que los cuadros que aún quedaban por ver eran obras de artistas contemporáneos; advertencia, en verdad, sobrada, ya que temas y estilos los definen netamente.

Preside dicho Salón un retrato en óvalo de S. E. el Jefe del Estado, Francisco Franco. Viste uniforme de gala y luce la laureada de San Fernando y otras condecoraciones. Es una pintura de moldes clásicos y colorista, agradable de mirar, en la que M. Benedicto, ilustre maestro, no obtuvo, como en el caso de Vázquez Díaz, semejanza en el parecido, pero logró, en cambio, dentro de las medidas y normas que rigen su arte, una gran plasticidad no exenta de emoción individual.

Luego vemos en los despachos de la Vicepresiden-

cia y Secretaría varios cuadros de pintores modernos y contemporáneos. Hay para todos los gustos: realistas, impresionistas y clásicos. Y de temas igualmente muy variados: costumbristas, históricos, paisajes y hasta un bodegón y una naturaleza muerta, firmados estos últimos por Gómez Cano, artista pensionado por la Diputación, que ha cosechado muy meritorios éxitos y cuya estética responde a esa teoría que fundamenta la espontaneidad en el estudio, en la artesanía más concienzuda. Pérez Rubio, el pintor de Navalcarnero, que se consagró a los temas históricos, es autor del cuadro titulado «El Alcalde de Móstoles», dignamente concebido, y que tiene la propiedad, precisión y emotividad exigibles cuando se tratan dicha clase de asuntos. También vemos en el despacho del Secretario general dos paisajes muy bellos, en tonalidades verdes: uno, de El Pardo, y otro, de los Jardines de Aranjuez. El primero está firmado por M. Vera y el segundo por Sixto Alberti.

«¿De Sixto Alberti?», inquiriere un tanto sorprendido mi compañero y amigo. Y arguye su extrañeza de la siguiente forma: «Me parece que este cuadro tiene calidades propias de los pinceles de Santiago Rusiñol».



Cuadro de la Inmaculada, firmado por Antonio Carnicero, de indudable valor artístico. Se encuentra en la Capilla del Instituto Provincial de Obstetricia y Ginecología.—(Foto Leal.)



Retrato del Marqués de la Valdavia, original de Enrique Pérez Vicente.—(Foto Leal.)

«Efectivamente, le contesto; pero Sixto Albertí, otro catalán enamorado de Aranjuez, tiene las suyas, y muy propias y características. Tal vez la más destacada sea su sinceridad interpretativa. O su valentía y decisión al tratar los temas. Fíjate, por ejemplo, en la fuerza emotiva de su pintura. Es como si se «oyese» el susurro de los árboles; como si nos filtráramos a través de ellos. Por esto, si tuviera que definir la

manera de hacer de Albertí, en una palabra, «su oficio», diría que es, ante todo, un pintor que ha sabido vencer con emoción y sinceridad las profundidades del paisaje, junto a una acertada interpretación cromática del verde».

A continuación nos complacemos mirando una acuarela de Antonio Casero. Y una tela de García Abuja, dos buenos pintores costumbristas, especializado el segundo en el Madrid castizo y pintoresco. Antonio Casero trata, con ágil y transparente pincelada, un motivo que poco a poco va perdiendo pureza originaria, cual es un ferial de ganados, y García Abuja —¿de tendencia impresionista?— ese paisaje urbanístico de Madrid, tan querido por nuestros vecinos de la plaza de Cascorro, en el que se presiente, a pesar de que no aparezcan ni uno ni otro, la presencia del bombín y la capa.

Y ya nos hallamos en el último piso de la Casa-Palacio de Miguel Angel, núm. 25. Hasta ahora hemos visto los cuadros, no las pinceladas. Probablemente porque resulta fácil criticar cuando hay mucho que celebrar. Pero si la crítica es intempestiva —¿no lo es aquella de la que no se puede alcanzar un beneficio?—, casi es preferible pasar por ignorante que por injusto. Así se lo dije a mi amigo cuando le enseñé la galería de retratos de los Presidentes que han regido la Corporación provincial desde 1939. Los cinco retratos —Marqués de Hazas, Martínez Cabezas, Nieto Antúnez, Muñoz Calero y Ossorio Arévalo— son obras del mismo autor, quien los retrata con justeza física. Mas no sé quién dijo que el espejo se emplea para verse la cara; el arte para verse el alma. De todos ellos, el que tiene más vigor es, sin duda, el del actual Presidente, Marqués de la Valdavia, discreto en cuanto a concepción y de marcada expresividad.

La visita va pesando un poco. Mi amigo, al llegar a la Biblioteca, se ha sentado en un cómodo sillón y me ha rogado que le «relatase», ya que prefería ahora oír más que ver. Me felicité de tan acertada resolución, pues no teníamos tiempo para desplazarnos a otros locales, y por ello pasé a informarle sobre las principales telas expuestas en el Museo Taurino y en los centros benéficos de la Diputación. Y le hablé de un cuadro religioso de Antonio Carnicero, aquel pintor de cámara de Su Majestad el Rey Carlos IV, retratista cortesano que procuraba halagar a los modelos, que en dicho lienzo —una luminosa y bella Purísima— logró la perfección en cuanto a la forma, composición y color. Luego me entretuve en exponerle el porqué, gracias al Museo Taurino, uno se percata visualmente de que no es un tópico, al menos en cuestión de toros, aquel modismo que afirma que entre ayer y hoy hay grandes diferencias, tantas que ya no puede repetirse, por fortuna, el siguiente parte, que decía: «Los toros fueron razonables; sólo mataron a cinco o seis hombres, si bien hirieron a bastantes». «Pues bien, en este Museo se custodian —agregué— telas de considerable valor, aparte, claro es, de su mérito artístico, para el estudio casi exhaustivo de la historia de nuestra Fiesta Nacional.»

Y como mi memoria se sentía joven, quise demostrar su lozanía con una larga lista de pintores, nombres que van desde Goya, si no hay error en la atribución de la paternidad a que aludía en los principios

de este artículo, hasta Roberto Domingo, pasando por Vázquez Díaz, autor de un magnífico y célebre retrato de Juan Belmonte, y por Federico Echevarría, el pintor vizcaíno, con su versión personal de los toreros.

Hecho el reposo, emprendimos de nuevo nuestra ruta mientras aconsejaba el dedicar una jornada al examen de tan interesante iconografía taurina. Al salir, aún pudimos admirar cuatro acuarelas premiadas en concurso organizado por la Diputación en 1954 sobre paisajes de la Provincia. Las firman Pastor, Galindo, Andrada y Herráiz, que plasman con buena técnica y gallardía cuatro aspectos matritenses. He aquí lo que representa cada una: la villa de Manzanares; la iglesia parroquial de Cenicientos; la plaza Mayor de Chinchón, y el castillo de Villaviciosa de Odón.

Poco falta para finalizar. Y si en la pintura hay que saber detenerse a tiempo para no pintar nada más que lo necesario, en toda visita, bien sea al amigo, a los familiares o a un museo, como en este caso, también hay que saber pararse en el instante oportuno para poder gozar del placer que proporciona una grata contemplación, sin que llegue el hastío ni el cansancio. La dificultad estriba en determinar cuál es el momento adecuado para interrumpirla. No obstante, existe algo que puede servirnos de pauta o medida. La receta, en sí, es sencilla; basta con que nos quede el regusto de lo bello. ¿Cómo? Nada es más fácil si procuramos que el plato postrero que alimente nuestras inquietudes artísticas tenga categoría de manjar exquisito. Así se lo manifesté a mi amigo, quien inquirió preguntándome cuál iba a ser en esta ocasión el plato escogido para colmar nuestro deleite.

Despacito y silenciosamente, como si se tratara de un secreto, le llevo hasta un despacho, en el cual están colgados dos formidables cuadros pertenecientes a la escuela flamenca, atribuidos a Peeter Snayer, pintor, discípulo de Rubens, del que existen cinco bellas obras en el Museo del Prado de Madrid. Mi amigo se cala los lentes y observa minuciosamente los detalles de la pintura. Me recuerda al clásico «gourmet», que goza saboreando las delicias del final de un banquete. Se recuesta en la pared más lejana a uno de los dos cuadros, para cambiar a continuación de punto de mira. Y a seguido hace una manifestación, en la que demuestra su preparación en esta materia. Me dice: «Creo que se trata de una obra cuádruple, de la que vemos aquí sólo dos de sus versiones. Este —sigue expresándose—, con su paisaje pastoril, debe significar el Verano, y este otro, con sus escenas de caza, el Otoño». Y como si yo estuviera enterado, me requiere para que le diga dónde estarán los otros dos cuadros: el del Invierno y el de la Primavera. Luego me habla de la pintura flamenca, su gran favorita. Y como se extiende en demasía, decido llevármelo conmigo. Le echo el brazo por la espalda y lentamente nos dirigimos hacia el portal. Ha acabado la visita. Al menos ustedes, queridos lectores, me lo agradecerán.

ANTONIO GULLON WALKER